



¿Ayudar o no ayudar en las tareas escolares?

por María Laura Caruso

“Educar a un niño no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía.”

John Ruskin

En principio, no hay dudas de que la respuesta es sí. Lo que nos debe ocupar es definir el alcance de esa ayuda.

La participación de los adultos en la resolución de tareas de los niños debe tener en claro que el objetivo es acompañar el proceso de aprendizaje y no resolver por ellos.

Este acompañamiento es valioso cuando se centra en desarrollar hábitos como el cumplimiento, la regularidad de horarios, la anticipación, la elección del lugar adecuado, el respeto y cuidado del material de trabajo, el compromiso, la consulta en fuentes confiables, el uso de bibliotecas y de nuevas tecnologías y la organización.

El adulto puede ser un mediador o un promotor en la educación. El mediador, seguramente se encargará de que su hijo tenga los útiles y el tiempo necesarios; el promotor mostrará interés por los procesos de su hijo, lo asistirá en las dudas sin resolver, lo animará a continuar desafiándose, lo felicitará por los logros obtenidos, lo contendrá ante los tropiezos haciéndole entender que el error es parte fundamental del aprendizaje y se involucrará en todo aquello que la institución requiera. No hay un juicio de valor sobre uno u otro, cada uno sabe las posibilidades reales que tiene, y a veces, ser un mediador ya es un salto cualitativo importante en la historia y oportunidades de una familia. En ambos casos, hay un interés que el niño valorará y que le resulta fundamental para encarar cualquier desafío.

En ningún caso la ayuda del adulto deberá ser el reemplazo del trabajo del alumno. Asegurar el resultado sin detenerse a valorar y colaborar en el proceso conduce al fracaso escolar y atenta contra la autoestima del niño. Sin mencionar la cantidad de mensajes erróneos que la actitud propone.

Acompañar la educación de nuestros hijos puede ser incómodo, trabajoso, y más cuando los padres trabajan fuera de casa, pero no hay establecimiento educativo que pueda enfrentar por sí solo todos los desafíos que la formación integral de una persona requiere y merece.

Nuestros hijos siempre necesitan nuestra mirada, ella les da entidad y los completa.